

EL ZURRIAGO



VAPULEA LOS DOMINGOS

Zurraré á los majaderos
que explotan á los obreros.

Lo mismo que á los farsantes
y á los sablos ambulantes.

Pero suplico á El Progreso
que no se asuste por eso.

Pues guardo lo principal
para La Amora Social

No imitaré vivo Dios,
á ninguno de esos dos.

Pienso decir la verdad
á toda la humanidad.

Mas sin mentir ni injuriar.
ni á la decencia faltar.

Y quien así no lo crea
buen arreglo, que me lea.



ANO III | PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

Un año. 3,00 pesetas
Un semestre 1,50

ANUNCIOS Y COMUNICADOS

Precios convencionales. La co-
rrespondencia al administrador.

NÚM. 123

Pravia 29 de Mayo de 1904

LA INSTRUCCIÓN DEL OBRERO

También la instrucción del obrero hasido otro de los filones hábilmente explotados por los mal llamados redentores de la clase trabajadora, y, por cierto, de los que al principio han dado más juego para cazar adeptos y engrosar las filas del partido socialista.

«El obrero, decían los líderes, necesita instruirse; el obrero vive en la ignorancia, y mientras no se instruya no saldrá de su atraso, de su postración, de su esclavitud.»

«Unidos y asociados los obreros y conseguida la jornada de ocho horas para el trabajo, la instrucción del obrero, y con ella su alejamiento de la taberna y del juego, su moralización y progreso serán obra de un periquete.»

«En los centros obreros, repétian, fundaremos escuelas, estableceremos academias de música y dibujo, daremos conferencias y veladas, y de esta suerte un centro obrero será un nuevo paraíso, en donde los hijos del trabajo se reunirán y pasarán insensiblemente el tiempo uniendo lo bello á lo útil, la honesta recreación á la instrucción sólida y provechosa que abra al trabajador nuevos horizontes y le facilite el camino para ascender y mejorar.»

»Ese tiempo precioso que ahora pierden lastimosamente en la taberna los obreros embruteciéndose y estragando su salud y arruinando á su familia, ya no lo perderán, desde el momento en que los dispersos se unan y las ideas socialistas se implanten y triunfen.»

¡Qué bellas teorías! ¡Qué hermoso fantasear! Fascinados con la idea de que todo eso que los socialistas predicaban se conseguiría, sin más sacrificio que el de dar su nombre y

la cuota correspondiente para organizar el Centro, los obreros acudieron como abejas, á suscribirse en las listas de asociados, creyendo que los propagandistas del socialismo repartirían al peso la instrucción, y darían por horas las funciones de teatro y veladas literarias.

«Pero ¿qué resultó? Resultó que la predicación de los socialistas era idealismo puro. Se fundaron, si, centros socialistas á millares; pero la instrucción y moralidad de los obreros rayan hoy á la misma altura que antes de ser conocido en el mundo el socialismo.»

O no se han creado en esos centros las escuelas y academias prometidas, ó, si se crearon, al frente de ellas por lo común se hallaba gente ignorante y desmoralizada, que en absoluto carecía de las indispensables condiciones de competencia y autoridad moral para acometer la obra magna de educar al obrero intelectual y moralmente.

Todas las escuelas fundadas hasta la fecha por los socialistas han sido un verdadero fracaso. Pero aunque no lo fueran, aunque al frente de ellas se colocara el genio más grande conocido en pedagogía, fracasarían lo mismo, por la idiosincrasia de los mismos obreros que no carecen de instrucción, no viven en la ignorancia y embrutecimiento que todos lamentamos, porque no hubiese quien los instruyera y educara antes de que vinieran al mundo, los socialistas, sino porque la inmensa mayoría de los obreros son de suyo refractarios á todo lo que signifique trabajo ó sacrificio para instruirse.

Escuelas públicas hay y hubo siempre en nuestros días á las cuales pudieron asistir los obreros si tuvieran verdadero amor á la instrucción. Pero no lo tienen; y por eso ni se han instruido antes, ni se hubieran instruido ahora aunque tuvieran á su alcance todas las facilidades imaginables para aprender.

Triste es confesarlo; pero la taberna y el tugurio son y serán siempre, por desgracia, el poderoso imán para atraer á los obreros á su perdición y ruina.

Y si alguien ó algo ha de tener virtud y eficacia bastante para obrar el milagro de inspirar á los trabajadores horror al vicio y a la vagancia, y amor á la instrucción y al ahorro, no serán ciertamente los socialistas ni sus doctrinas ateas y disolventes, sino el amoroso influjo de la Religión santa que nos legaron nuestros padres, de esa Religión siempre ingeniosa y fecunda en obras de caridad.

Lo que no haya escogitado la Iglesia en beneficio del pobre y desvalido, es inútil que intenten escogitarlo ahora los cuatro aventureros que hoy bullen y se agitan creyendo que con sus extravagantes doctrinas han descubierto la piedra filosofal para obrar milagros que sólo el poder divino pudiera obrar.

Si los obreros quisieran de veras instruirse, sobrados medios tienen en el actual orden social para conseguirlo y apartarse de la taberna, sin necesidad de que vengan los apóstoles de socialismo á predicar las excelencias de una instrucción y moralidad de que ellos en absoluto carecen.

Y si no quieren los obreros instruirse y regenerarse, ni con predicaciones socialistas ni sin ellas se instruirá ni regenerará el obrero.

En uno y otro caso el socialismo regenerador es una papa; y los obreros todos deben mandarlo á paseo, como trasto inútil.

Z.

FABULA TEMPESTUOSA

XXXVII

Marchan dos caballos
á no sé qué fiesta;
uno, engalanado, lleva los dineros;
otro, muerto de hambre, sólo el hambre
(lleva.

El primero avanza
alta la cabeza,
á la vez que lleno de fatal orgullo
sus quinientos doce cascabeles suena.

Síguele el segundo
gachas las orejas,
conociendo el triste su valor escaso,
y de su compadre la hermosura y fuerza.

Cinco bandoleros
de repente encuentran,
que les dan el jaltol, que los examinan,
que al primero cogen, que al segundo de-
(jan.

Y mientras el triste
huye á las carreras,
al cargado de oro roban y descargan,
colman de improperios, tiran y apalean.

Era burro el otro
hasta la cabeza,
mas pensó como hombre, cuando al verso
colman de improperios, tiran y apalean.

«No salir de pobre
juro á fe de bestia,
que el que luce el pelo, vive muy tranquilo,
y al que luce alhajas rompen la cabeza.»

CICLÓN.

Diálogo íntimo

¡Vaya V. con Dios, D. Timorato!

—¡Adiós, Director!

—Muy preocupado anda usted que ni siquiera saluda á los amigos.

—Hombre, sí, estoy un tantico preocupado; se lo confieso. Precisamente iba pensando en usted.

—Pues si en algo puedo servirle...

—No, no era la preocupación porque usted me sirviera. Iba pensando en las campañas de EL ZURRIAGO; y me dolía y me duele y lamento amargamente que un periódico tan bien escrito y con tanta sal y un periódico que á la vez defiende tan buena causa...

—Gracias por el piropo, pero ¿á dónde va usted á parar con ese exordio?

—Vaya, siento molestar á usted acaso, contándole todo lo que por ahí se dice respecto al particular; pero...

—Acabe usted de una vez; y vomite, que á mí ya nada me hace mella. ¡Estoy tan curtido!

—Pues se lo diré con toda franqueza: á mí me parece EL ZURRIAGO duro en sus calificativos, y que se ensaña demasiado con las personas. En una palabra que defiende sí buena causa y la defiende con valentía; pero sin aquella mesura, caridad y mansedumbre cristianas de que deben dar muestras siempre los periódicos y escritores católicos.

Así es que los mismos enemigos de la Iglesia toman de ahí armas para decir que los católicos predicán uno y practican otro. Y esto hace mucho daño.

—Y ¿era todo eso lo que tenía usted que decirme y que tanta repugnancia le causaba?

—Ya ve usted; la cosa es bastante grave, y yo quiero demasiado á EL ZURRIAGO para que deje de preocuparme su suerte. Yo quisiera verle como un modelo de atildamiento y finura, sin mancha ni arruga, puro y perfecto. Implacable con las ideas, tolerante y compasivo con las personas. Y sobre todo, las formas... esas formas así truanescas...

—Pues mire usted, D. Timorato, para hacer todo eso que usted con tantas ansias desea, no necesitaba haber nacido EL ZURRIAGO. Eso ya lo están haciendo todos los días la inmensa mayoría de los periódicos católicos de España, y ¿sabe usted quién los lee? Pues los mismos católicos que ya están convertidos y que para nada necesitaban por lo tanto de su lectura.

—En eso no deja usted de tener razón. Hoy por desgracia se leen muy poco, ó casi nada, los periódicos netamente católicos.

—Y ¿le parece á usted que en esos periódicos se escatima la humildad, la mansedumbre y la caridad cristiana?

—Ya veo, ya veo por dónde va usted.

—Es que no basta que usted lo vea; es preciso que lo vean todos, y todos se penetren de que los remedios, para que resulten eficaces, han de ser acomodados á las enfermedades que se trata de combatir. Para un pulmón ligeramente congestionado basta un pequeño revulsivo; y cuando la congestión ha tomado grandes proporciones hay que llegar hasta á los botones de fuego. ¿Por qué no ha de poder aplicarse, y aún con mayor razón, á lo moral, lo que con tan buenos resultados se aplica á lo físico?

—Efectivamente así parece que debe hacerse.

—No sólo lo parece, sino que la experiencia enseña que ése es el procedimiento, si no único, al menos el que da más excelentes resultados.

—Sí, pero ¿y la mansedumbre evangélica?

—Pura monserga en el presente caso, D. Timorato. Ese es el socorrido recurso á que apelan siempre todos los tunantes que quisieran tener á los católicos atados de pies y manos para poder darles más á mansalva leña de firme.

No, la mansedumbre evangélica no está reñida con el sagrado derecho que á todos nos asiste para defendernos y defender la sana doctrina con toda la energía de nuestra alma y la santa indignación de que dió muestras el mismo Salvador contra los profanadores del templo. Por cierto que entonces no se anduvo el divino Maestro con remilgos de monja, buscando palabras suaves ni procedimientos de templanza: EMPUÑO EL LÁTIGO y con severidad que envidiaría el más cruel zurriaguista, lo descargó sobre los que habían convertido el templo en (son palabras de Jesucristo) CUEVA DE LADRONES. ¿Le parece á usted que no hay aquí dureza en la expresión y severidad en el procedimiento?

—Sí que la hay.

—Y sin embargo ¿habrá católico que se atreva á enmendar la plana á quien así procedió?

—Claro que no.

—Por otra parte ¿para qué se han inventado las palabras? ¿Para ser decorativas del diccionario, ó para hacer uso de ellas cuando la ocasión se brinde propicia?

—Indudablemente que para lo último.

—¿Sí? Pues entonces ya está usted cogido, y conusted todos los pacatos y meticulosos que se escandalizan porque EL ZURRIAGO llama á las cosas por sus nombres.

Si alguna vez se ha de llamar á los hombres pillos, gandules y tunantes, embaucadores, farsantes, pérfidos y redemados ¿cuándo y con más motivo que cuando se les pone de manifiesto su insigne perfidia y evidente mala fe para perseguir y calumniar á la Religión y á la Iglesia, explotar á los incautos y engañar á los crédulos é ignorantes?

—Convenido. Pero ¿no pudiera decirse todo eso en otra forma más suave, aplicando aquello de *fortiter in re suaviter in modo*?

—Pudiera quizá en otra sociedad menos estragada; pero hoy la sátira fina, las reticencias intencionadas no logran herir la encallecida epidermis de nuestros enemigos.

Diga usted que fulano ha cometido una *irregularidad*, cuando es público que ha robado, y se quedará tan fresco. Es preciso, para que las gentes lo entiendan, llamarle *ladrón* con todas las letras. Y gracias si aún así se consigue sacarle los colores al rostro.

—Pero ¿y la caridad?

—La caridad, cuando se opone á la justicia, no es caridad. Por eso, cuando veo que los sencillos y los ignorantes son engañados lastimosa y miserablemente por oradores y publicista venales, no falto á la caridad llamando á voces *embusteros* y *comedores* á los que así mienten y explotan al prójimo de palabra ó por escrito.

—Pero eso es ponerse al nivel de los libelos infames que tanto anatematizamos y condenamos.

—Alto ahí, señor mío; que eso no se lo consiento á usted, ni á ningún *timorato* del mundo, ahora ni nunca. He dicho y sostiene EL ZURRIAGO que es lícito y saludable llamar las cosas por sus nombres aunque para ello sea preciso emplear términos muy duros, epítetos sangrientos; pero jamás diré ni sostendré EL ZURRIAGO que es lícito mentir y calumniar, como mienten y calumnian los periódicos impíos. Llamar *ladrón* al que roba, y *canalla* al saltador de honras, y *rocín* al hombre tosco y mal educado, además de lícito puede ser obra de caridad, si con ello se consigue desenmascarar á pretendidos sabios que llenos de maldad satánica se exhiben en las columnas de un periódico ó peroran en el mitin embaucando á gentes sencillas é ignorantes. Ofender é insultar calumniando groseramente á las personas honradas es una infamia que á diario cometen los sectarios. ¿Hace esto EL ZURRIAGO?

—Ni lo hace, ni he pretendido yo jamás echar sobre él borrón tan negro. Tuve, lo confieso, la debilidad de creer que darían mejor resultado los procedimientos de templanza para combatir á los *sollastres* del anticlericalismo; pero me ha convencido usted de mi error. Comprendo que si EL ZURRIAGO se hubiera limitado á dar chochos de azúcar á los granujas que hoy llevan la voz cantante contra la Religión en Asturias, llamándoles *queridos* y *angelitos de Dios*, á estas horas ya le hubieran cantado el último responso, mientras que atizando con *virga ferrea* goza hoy de perfecta salud, es el terror y azote de republicanos y socialistas, y cuenta con el entusiasmo y apoyo decidido de todos los buenos. Conque así ¡adelante!, amigo mío: duro y á la cabeza.

—Descuide usted, D. Timorato, que eso ya lo hacen los zurriaguistas con y sin el asentimiento de los timoratos...

Desde Oviedo

VUELTA AL HISTERISMO

Pues señor, les digo á ustedes formalmente que el mayor mal de los males es dar con *histericales*.

Como llama mi amigo Valdenones á los de su cuerda.

Y les digo más á ustedes, lectores míos amadísimos.

Les digo más aún: que no se puede vivir en este pícaro mundo.

Pero ¿cómo se van poniendo las cosas, cielo santo!

Vaya que esto es el disloque *mesmamente*.

Al paso que vamos la existencia se hará imposible para cuantos no tenemos

desarrollada la protuberancia córnea del matonismo ó la bola intestinal del histerismo.

Porque, según dijo en conferencia famosa quien para saberlo tiene motivos, el histerico consiste en eso.

En una bola.

Mas volviendo á los que llevan esa bola en el intrínquis recóndito de su ventrisca, repito á ustedes que el mayor mal de los males es dar con esos tales.

Nada hombre, que nadie está seguro entre esas gentes.

No ya las personas serias y formales, pero hasta yo mismo estoy en acuas.

Dan á uno cada susto esos tales...

Pues señor, ya recordarán ustedes, porque esas cosas no se olvidan nunca, ya recordarán ustedes que hace no sé cuánto tiempo, tuve la honra de pegar un bombo, como todos los míos, despampanante, á un ciudadano que se permitió dar una conferencia sobre el *histerico*.

Creí buenamente que el orador se iba á quedar muy satisfecho con mi reseñita.

Pero resulta ¡habráse visto! que sucedió todo lo contrario.

Está que bufa.

Y eso que ha llorado desde entonces.

Vaya si ha llorado aquí y en Valdenones.

Y el interfecto conferenciante... pues como el primer día.

Diciendo de mí ¡pobre ZURRIAGO! más perrerías que todos mis enemigos juntos.

Sela y compañía, Otero y comparsa, Vigil y consortes, no sueltan al cabo de la semana tanta espuma contra mi personita, como el disertante jacarandoso jolé los movimientos curvos y acompasados! sobre el histerismo.

¡Qué hombre más terrible! Cualquiera diría que tiene *lenguas vivas* en todas las partes del cuerpo.

Incluso en las majestuosas posaderas.

Como es tanto lo que dice...

Pero al grano.

Porque el que ese apreciable conde se *desfaga* en ataques contra mí me importa dos cominos.

Lo que sí me importa es lo otro.

A saber, que ese... tal no se contenta con decir pestes de EL ZURRIAGO, sino que se mete en cercado ajeno.

Si, ya sé yo que es dulce y sabrosa la fruta de ese cercado.

Y también sé que es fruta prohibida.

Así es que no es mi ánimo decir que el aludido se meta á saborear esa fruta dulce y sabrosa.

El cercado donde yo afirmo que se mete no tiene fruta.

Lo cual no empuja, como él mismo dice cuando se las echa de agudo, que me disguste verlo metido allí.

Pero no divaguemos, y conozca el lector amable á dónde voy á parar.

Digo que el del histerico se mete en cercado ajeno, porque se mete en donde no debe meterse.

Por ejemplo, en averiguar quién fué el autor de la mencionada reseña.

Y tan histericamente procede el cuitado, que al querer dar en el blanco suele meter dos remos, si no pasan.

Ya comprenderán ustedes que está muy feo eso de que el tal se meta en esas honduras.

Pero lo grave aún no está en eso.

Sino en que se empeña en sostener que el reseñante ha de ser un sacerdote respetable.

Y va recorriendo ya casi todos los que hay en Oviedo.

Claro, hombre, para dar cuenta de una payasada, si el payaso es de notable gravedad (centro de) nadie puede coger la pluma si no es sacerdote.

Y respetable.

Por eso anda él sosteniendo tan luego que el autor es Fulano, como sale con que es Zutano.

Y así va pasando del Clero catedral al Clero parroquial.

Y viceversa.

Lo cual que me parece mal, vamos.

No puedo remediarlo.

Y tan mal me parece que desde hoy

le prohibo terminantemente volver á esas investigaciones.

¿Lo ha oído usted?

¿Se ha enterado bien?

¿Me da usted palabra de no volver á mencionar á nadie, y mucho menos á un sacerdote como supuesto autor de cosas que á usted no gustan?

Bien, pues si cumple lo que promete, he de tener compasión de V.

Pero ¡ay! si otra cosa sucede... le van á quedar las posaderas como dos montañas.

A fuerza de zurriagazos.

A lo que íbamos, que se me ha marcha el santo nuevemente.

Aunque no; mejor será dejar la continuación para otro número.

Porque lo que me acaban de contar y me inspira estas líneas merece capítulo aparte.

Me cuesta trabajo creerlo, y eso que me lo contó persona grave.

Ya verán ustedes.

INFUESTO

APUNTES DE UN VIAJE

El día de mi llegada á Infiesto, la campana de la Colegiata empezó á tañer á golpes redoblados, y poco á poco la gente se acercaba al santo templo, llevando algunas personas coronas y de bastante tamaño.

Pude leer el letrero de una que decía:

«Los republicanos de Piloña.»

Al poco rato ví otra, que creo decía:

«Á las víctimas del 30 de Abril»

Desde luego comprendí de qué se trataba, y atraído por la curiosidad, después de cumplidos mis quehaceres, que no eran pocos, fui á la Colegiata, de donde sacaba un mozo fuertes sillones, que luego supe pertenecían al Ayuntamiento, y otros se ocupaban en quitar de las orejas de los confesonarios y de encima de una mesa grandes coronas de flores. Todo había terminado.

Ya fuera del templo, observé que la gente se aglomeraba frente á las Consistoriales, y allí ví á un hombre que accionaba mucho y era el mismo que había venido en el tren conmigo y recuerdo que entró en Villamayor. Me acerqué á un niño de cara brusca y mirada torva, y le dije:

—Niño, ¿quién es aquel señor?

—D. Juan de la Burra, respondió.

—Niño, cómo te llamas?— *Cuscús*. Y lo dijo casi riendo.

—Quieres decirme á dónde va la gente?

—Al cementerio, en manifestación.

—Si me acompañas y contestas á lo que te pregunte, te doy dos reales.—Nó, tres, dijo *Cuscús*.

—No hubo más remedio que darle los tres reales y para atajar la manifestación, que ya estaba en marcha, me llevó por una *escalinata*, que hay junto á la plaza, donde estábamos, y aún alcanzamos á incorporarnos á la gente. Subimos un callejón largo y malo y al fin pudimos ponernos al principio; pero yo siempre mirando para *Cuscús*.

—Niño, ¿quién es aquel señor?

—D. Juan de la Burra, respondió.

—Niño, cómo te llamas?— *Cuscús*. Y lo dijo casi riendo.

—Quieres decirme á dónde va la gente?

—Al cementerio, en manifestación.

—Si me acompañas y contestas á lo que te pregunte, te doy dos reales.—Nó, tres, dijo *Cuscús*.

—No hubo más remedio que darle los tres reales y para atajar la manifestación, que ya estaba en marcha, me llevó por una *escalinata*, que hay junto á la plaza, donde estábamos, y aún alcanzamos á incorporarnos á la gente. Subimos un callejón largo y malo y al fin pudimos ponernos al principio; pero yo siempre mirando para *Cuscús*.

—Niño, ¿quién es aquel señor?

—D. Juan de la Burra, respondió.

—Niño, cómo te llamas?— *Cuscús*. Y lo dijo casi riendo.

—Quieres decirme á dónde va la gente?

—Al cementerio, en manifestación.

—Si me acompañas y contestas á lo que te pregunte, te doy dos reales.—Nó, tres, dijo *Cuscús*.

—No hubo más remedio que darle los tres reales y para atajar la manifestación, que ya estaba en marcha, me llevó por una *escalinata*, que hay junto á la plaza, donde estábamos, y aún alcanzamos á incorporarnos á la gente. Subimos un callejón largo y malo y al fin pudimos ponernos al principio; pero yo siempre mirando para *Cuscús*.

—Niño, ¿quién es aquel señor?

—D. Juan de la Burra, respondió.

—Niño, cómo te llamas?— *Cuscús*. Y lo dijo casi riendo.

—Quieres decirme á dónde va la gente?

—Al cementerio, en manifestación.

—Si me acompañas y contestas á lo que te pregunte, te doy dos reales.—Nó, tres, dijo *Cuscús*.

cunvecinos, decidieron publicar un periódico para ellos solos.

Muy necio, muy desvergonzado, muy anticlerical y muy histérico. Ya que el histerismo se ha puesto de moda.

Salió el periodicocho, que desde el primer número se convirtió en palénque donde el abogado y el maestro trabaron singular batalla.

A ver quién decía más burradas en menos líneas y más embustes en menor número de palabras.

Y ambos quedaron vencedores. En ese periodicocho distinguíase el maestro por sus pedanterías, así como el abogado por su empeño en pasar y en pintarse como hombre honrado.

Es lo que les pasa á ciertas mujeres.

Siempre tienen la honradez en los labios... Y nada más que en los labios.

Pero, y vamos al cuento, no debía el abogado conseguir gran cosa con sus autobombos, con sus ditirambos á la honradez y á la moralidad, etc., etc.

Porque un día yendo de paseo se encontró con una buena moza, á cuya vista el muy desgraciado se creyó un Tenorio en amores, como se tenía por un Canalejas en el anticlericalismo y por un cuñado de D.^a Baldoiera en otros ramos del saber humano.

En presencia de la moza, el abogado soltó un par de relinchos y dirigiéndose á ella con la sal de toda la literatura clásica española y francesa, le dijo:

—Muy raro me parece ver al sol rodando por estos caminos.

—¿Usted ye tontu ó faise, cristianu?—Contestó la interpelada mirando de arriba abajo al leguleyo.

—¿Tonto porque te comparo con el sol, Engracia?

—Gueno, pos non me compare con naide y acabóse.

—Eres una rosa matutina, eres una aurora rutilante, eres un jardín de belleza...

—Y usted ye...

—¿Qué soy, hermosa?

—Pue que si i lo digo se amosque de veres.

—¿Amoscarme yo con lo que tú me digas? ¿Por qué, lucero?

—Porque va usted á oír de la mio boca lo que en so vida oyó de nenguno.

—¿Qué soy guapo?

—Eso pue que ya i lo dijeren alguna vez.

—¿Qué soy resalao?

—Digo lo mesmo.

—Pues entonces ¿qué soy yo para tí, Engracia encantadora?

—Mire, non me ponga apodos porque i lo llamo.

—Llamamelo, mujer. El mayor insulto en tus labios de ámbar será para mí un elogio.

—Non me regüelva la pacencia, que i lo digo.

—Dilo, Engracia rutilante.

—Mire que non i lo dixo nunca alma nacía.

—Vamos, no me hagas penar.

—Pos allá va. Si yo soy toes eses cosas que dixo, usted ye...

—¿Acabarás?

—... ye... una persona decente y honrada...

Al decir esto lo moza cerró los puños y se puso en disposición de devolver centuplicada la *guantá* que creía que le diera el abogado.

Pero éste no quiso verse además abofeteado por una moza y dió la vuelta, dedicándose á pergeñar un artículo contra el cura de la parroquia.

¡POBRE FERROCARRIL!

Vienen los periódicos de Luarca hechos una lástima con motivo de la tan traída y llevada cuestión del ferrocarril de Ferrol á Gijón.

Verdaderamente es un dolor ver cómo se hacen la guerra y se destrozán elementos que á toda costa, y acallando toda clase de cuestiones personales, é intereses mezquinos, necesitaban marchar íntimamente unidos y de acuerdo en todo, si sus esfuerzos han de dar el apetecido resultado.

Si los más interesados en ese ferrocarril son precisamente los que presentan la mayor rémora y los primeros en ahogar entusiasmos y matar iniciativas ¿qué ha de resultar al fin de la jornada?

Conste que EL ZURRIAGO no trata ahora de suscitar de nuevo la polémica sostenida y terminada con *La Semana* respecto al supuesto ó verdadero rodeo de Pravia.

Sobre este particular sólo tengo que complacer al colega luarqués consignando que *La Semana* no ha sostenido *in terminis* que Muros esté á 25 metros, sino que podía pasar por cerca de Muros á una altura de 25 metros sobre el nivel del mar, el ferrocarril, para lo cual discurría partiendo del supuesto de que Muros estuviese á 50 metros de altura, siendo así que en la misma plaza de la villa, tomados los datos con moderno aparato de toda precisión, resultan 130 METROS.

Pero acerca de esto ya no hay que hablar. EL ZURRIAGO tiene sí su criterio sobre ello; pero no pretende imponerlo á nadie.

Antes por el contrario consideraría un pecado de lesa patria suscitar en estos momentos antagonismos como los ya suscitados entre Luarca y Vega de Ribadeo, en los cuales (y perdónenme mis colegas) parece dibujarse una cuestión personal más bien que de interés para los pueblos.

Y las cuestiones personales sea cual fuere la gravedad del fundamento que les da vida, deben ceder siempre ante un interés tan grande como el que se ventila ahora.

Quien esto escribe no conoce á D. Everardo Villamil, pero reconoce que las condiciones de actividad y de entusiasmo por el ferrocarril, que dicho señor reúne, pocos podrán ostentarlas. Y decir de él lo que *La Voz de Luarca* dice, afirmando que está *incapacitado* como Presidente de la comisión de la Asamblea, es una verdadera ingratitud, así como es una candidez creer que el Alcalde de Gijón, por ejemplo haya de tomar la cuestión de ese ferrocarril con el interés y entusiasmo con que lo toman los pueblos del Occidente de nuestra provincia.

Si en el alcalde de Gijón fian los de Luarca para sacar á flote el proyecto ¡aviados van! Y si no, al tiempo.

Ojalá que yo me equivoque, y que toda esa saña que ahora se desató contra el alcalde de La Vega no resulte funestísima para el fin principal que todos perseguimos.

RECTIFICACIÓN

El Pensamiento de Asturias, excelente periódico católico de Oviedo, publica con fecha 25 del actual lo siguiente:

Es inexacto que los señores que formaron el Jurado, en la vista de la última causa contra Vigil por escarnecedor del dogma católico, hayan suscrito una exposición pidiendo el indulto del referido individuo.

Está, por lo tanto, mal informado un semanario que ve la luz en una de las villas de Asturias, al asegurar que la tal exposición ha sido firmada por los señores jurados que intervinieron en la referida vista.

Es de esperar, pues, que el referido periódico procurará enterarse mejor, y decir lo que haya de verdad en el asunto, de modo que los hechos no queden falseados ó desfigurados.

El semanario á quien por manera tan delicada alude el carísimo colega, es EL ZURRIAGO, que se ha hecho eco de esa noticia tomada aunque por segunda persona, de labios de los mismos interesados en que resultase cierta.

No resulta al parecer, pues *El Pensamiento de Asturias* tiene más motivos que yo para saberlo, toda vez que á su redacción pertenece alguno de los individuos que formaron parte del jurado que entendió en la causa contra Vigil; y no siendo cierto, EL ZURRIAGO con suma complacencia se apresura á declararlo así, retirando todos los comentarios que acerca del particular ha publicado, y suplicando á los individuos todos del jurado que no hayan firmado la susodicha exposición, le dispensen la ofensa inferida sólo con suponerles capaces de tamaña defeción.

Ciertamente que el hecho parecía á todas luces increíble, tratándose de personas tan respetables y dignas como son las que componían el jurado que emitió veredicto de culpabilidad contra Vigil; pero con tales visos de credibilidad

se aseguraba lo de la exposición firmada, que EL ZURRIAGO cayó en el lazo.

¿Habrán puesto su firma al pie de la exposición algunos menos constantes en la fe, y sería esto la causa de que se diese ya por seguro que los demás seguirían el mismo camino?

Si así fuese merecería la pena conocer los nombres de los que claudicaron...

¿Sabe algo de esto *El Pensamiento de Asturias*?

Si lo sabe y puede y quiere decirlo, merecerá bien de la patria...

El desafío

En mi primer número lance el siguiente:

«Usted, perinclito Vigil, no sabe lo que es el socialismo.

Y le desafiamos á que nos demuestre lo contrario.

Usted no sabe defender lo que afirma en su semanario, respecto al socialismo y á la Religión.

Y le desafiamos á que nos demuestre que no estamos en lo cierto.

En el socialismo hay cosas buenas, que los católicos aplaudimos.

Pero hay absurdos tan grandes como la pedantería de usted.

Todo lo que de justo, racional y provechoso para los obreros tiene el socialismo, está tomado de las enseñanzas católicas.

Y todo lo que la Iglesia condena en el socialismo, es brutal, absurdo, desfavorable á los obreros.

Por tanto, combatir la Religión católica para defender á los obreros, es como quitarse la ropa para quedarse uno más abrigado.

A discutir todo esto le desafiamos nosotros, compañeros Vigil.

O usted acepta, ó queda inutilizado para seguir escribiendo esa *Aurora* donde está engañando á los obreros.

«Acepta usted?»

Y añadía yo después de haberme puesto tan serio, pues la cosa no era para menos, que si Vigil no contestaba en su semanario aceptando el reto, éste saldría todas las semanas en mis columnas.

Vigil no acepta; por eso lo repito hoy y lo repetiré en los números sucesivos.

Hasta que ese concejalillo recoja el guante.

O hasta que los obreros acben de perecer toda esperanza en quien tan cobardemente huye.

He dicho.

Advertencias

He recibido un artículo firmado por *Manín el Tonto*, quien aporta datos para demostrarnos que el elocuente orador Isaac Carreño que en el *meeting monstruo* pronunció un discurso brillantísimo, no es de Soto del Barco, como afirmaba *Cosme*, sino de Muros.

Manín se lamenta de que se le quiera arrebatár á Muros esa legítima gloria.

«Si se tratase de uno de esos pueblos en que abundan los genios, la cosa no tendría gran importancia, dice *Manín*; pero no se puede permitir que eso se haga con Muros, donde únicamente brillamos Isaac y yo»

Felicito á la vecina villa que ha tenido la fortuna de ser cuna de Isaac, y ruego á *Manín* que me avise cuando aquel vuelva á pronunciar un discurso, para tener el gusto de escucharle.

Por falta de espacio no se publican en este número una correspondencia de Cudillero, otra de Arenas (Siero) y otra de Infiesto. Irán para el próximo.

Pravia.—Imprenta del Colegio